

Sentado frente al mar, ignoro el control del reloj, ese pequeño tirano que insiste en recordarme la fugacidad, y me entrego a la contemplación. La marejada incesante disuelve el tiempo en espuma y yo permanezco allí, sin cansancio ni tedio, hipnotizado ante el horizonte, ese confín donde cielo y agua parecen tocarse.

Me descubro absorto ante la grandeza de ese umbral que une lo distante. Es un lugar misterioso, inalcanzable desde la tierra firme, un espejismo que debe repetirse en el desierto de África y en las pampas de Magallanes; en todo rincón donde la mirada tropieza con lo ilimitado.

Una especie de paz hipnótica me embarga cuando me acomodo en una silla en busca de silencio. Entonces, mi pluma vierte palabras que nacen de ese recogimiento.

Ensimismado, escribo. Escribir es, para mí, franquear el horizonte y atravesar lo inmediato; ir más allá del presente y de lo visible.

Lo mismo me ocurre al alzar el atril, cuando me dispongo a dibujar y después a pintar. En la soledad y en la calma, encuentro un acceso a mí mismo.

Ensimismado pinto: recogido, atento, como quien intenta con un pincel unir cielo y mar, tierra y aire.

¿Será acaso que quiero vivir solitario? A veces se me asoma esa pregunta. Puede ser, aunque estoy muy lejos de ser un ermitaño, porque necesito tanto la quietud como la pasión del tumulto, la algarabía de las fiestas, el pulso de la bohemia. No es casualidad que contigo, compañero de andanzas, pasara noches de juerga interminables en *Els Quatre Gats*, celebrando el arte y la amistad.

Pintar el horizonte en el papel, es una forma de sentirme trasplantado a ese bar. Nuestros periplos en carro por Catalunya primero, y nuestra larga estadía después en el *Moulin de la Galette*, en Montmartre. Lo hicimos así, tú y yo, con la bohemia como médula, como un estilo de vida. Un modo de ser que nos ha llevado hacia el horizonte como destino, una brújula muda hacia donde viajan nuestros anhelos.

Desde que habito en Sitges, el *Cau Ferrat* se ha vuelto mi refugio y, al mismo tiempo, un espacio de encuentro. Me adormila el ruido constante del oleaje, haciéndome creer que soy

un bebé y que es mi nodriza la que me arrulla en sus brazos. Pero no: es el agua del mar que se arremolina frente a los cimientos de mi hogar. Es un hospedaje de contrastes: rincón íntimo donde arde la hoguera que me acuna, y salón vibrante que se enciende con las exposiciones, entre risas, voces y miradas apasionadas. Vivo en la oscilación: del silencio a la fiesta, de la soledad a la multitud. Y en esa tensión, hallo la verdad de mi existencia.

Me reconozco tanto en el sosiego como en el frenesí. Necesito del aislamiento creador y, al mismo tiempo, del bullicio compartido. Esa unión de opuestos no es sino la esencia del horizonte: línea recta que enlaza lo separado, pliegue inevitable donde convergen contrarios.

En mis periodos de creación pictórica, descubro que la belleza estética no es mi último destino: por sobre ella, emerge la libertad. El Greco me acompaña en este hallazgo. Su espiritualidad mística, sus cielos tempestuosos y sus figuras melancólicas inspiran mi búsqueda de lo trascendente. Como él, pinto afectado y distante, no sólo absorto y recogido: en mis lienzos dejo entrar la melancolía y el fervor.

La atmósfera vaga con la que pinto, me obliga a recordar las pinceladas melancólicas de aquel maestro. Al trazar cielos tempestuosos con óleo y pincel, me imagino a ese hombre buscando expresar con sus trazos lo trascendente. Concentrado y meditativo, no puedo sino enlazar mis reflexiones de interioridad con su afinada espiritualidad.

De su pintura *El caballero de la mano en el pecho* emana un vigor sereno, un gesto de honor que me interpela. En ese rostro iluminado, en esa mano que jura en silencio, reconozco la misma tensión que yo siento: gravedad y mística, distancia y ardor. Hay en ello, caballero de la mano en el pecho, un aire de afectación y distanciamiento que hace mucha sintonía con mis propias emociones.

Así, en cada trazo, vuelco mi interioridad. Y cuando la palabra sustituye al pincel, sigo la misma ruta: la escritura me permite sostener el equilibrio entre contrarios. Porque, ¿no es acaso posible ser un pensador recogido y un bohemio festivo a la vez? Lo que es un aporte es que se esté en que un plano no anule al otro.

He guardado un óleo que pintamos juntos, tú y yo, con nuestras cuatro manos. Quisimos huir de la ostentación y aparecimos en sombras, dejando iluminada sólo la pared del fondo. Ese gesto fue nuestro mensaje secreto, nuestro modo de mostrarnos unidos sin reclamar protagonismo. Para mí, esa obra es más que pintura: es afecto, es reconocimiento, es la prueba de que compartimos un mismo horizonte.

Pintar ese cuadro, fue un regalo mutuo.

Hoy conservo esa pintura en el *Cau Ferrat*, en un lugar privilegiado, como testimonio de nuestro vínculo y como mi horizonte definitivo. Allí permanece, iluminando mi soledad y mi bohemia, recordándome que la vida no es elegir entre calma o tumulto, sino aceptar que ambos, como cielo y mar, se unen en la misma línea misteriosa.

Septiembre de 2025